

VII

ADVENIMIENTO DE FELIPE II

Carlos V abdicó todas sus coronas el 25 de Octubre de 1555, cuando iba á cumplir cincuenta y seis años de edad¹. La ceremonia, suntuosamente dispuesta, se verificó en el salón principal del palacio de Bruselas, capital del ducado de Brabante. Cerca de Carlos se hallaban Felipe y Maria, viuda del rey de Hungría y regente de los Países Bajos; la cual fué por espacio de veintiséis años, instrumento del gobierno del Emperador. El César entró apoyado en el príncipe de Orange, más conocido en la historia con el nombre famoso de Guillermo el *Taciturno*.

La asamblea era brillantísima. Allí estaban congregados los caballeros de la orden del *Toisón de Oro*, instituida por Felipe el Bueno, y entre ellos ó con ellos los nobles flamencos y holandeses, destinados á representar papel importante en las luchas próximas. Además del de Orange, padre de la libertad holandesa, y personaje de tanto renombre y fama en los acontecimientos futuros, concurrieron al acto los condes de Egmont y de Horn, Berghen y Mon-

¹ Lafuente dice que la abdicación tuvo lugar el 28 de Octubre; pero está en un error. Puede verse el acta oficial, *Doc. inéd.*, t. VII, p. 524, y Granvela, t. IV, p. 486.

tigny, el obispo de Arras (después cardenal Granvela), Brederode, Noircarmes y Viglius. Algunos de los testigos congregados, ó mejor dicho, la mayor parte de ellos, debían morir de un modo violento, en el transcurso de pocos años.

La vigorosa naturaleza del Emperador había cedido á los excesos de su vida y á los trabajos de su larga y afanosa carrera. De tal manera le abrumaba la gota, que apenas podía sostenerse sin ayuda. La deformidad de su mandíbula inferior, imperfección que él había heredado y que en su origen fué transmitida á los Hapsburgos por una princesa polaca, perpetuándose á sus descendientes, le impedía masticar bien y expresarse con claridad. Al contrario de su padre, no fué hermoso en su juventud; y conforme iba avanzando en edad, su fealdad subió de punto.

Su carrera comenzó de un modo brillante, continuó mal y acabó tristemente. En su juventud, se distinguió como el mejor capitán de su siglo, demostrando su genio militar en muchas batallas. Si hubiese vivido en la Edad Media, se apellidaría Carlos el *Afortunado*. Venció en Italia y en Francia, y destruyó á los protestantes en su primer período. La fortuna le volvió la espalda. Fué humillado en Metz, derrotado por Mauricio de Sajonia, y obligado á huir á Innsbruck, asiento de la casa de Hapsburgo. Tuvo que conceder la paz de Passau, y con ella el establecimiento del culto luterano en el Norte de Alemania. Más tarde, el Papa se volvió contra él, y le venció el hijo de Francisco I de Francia. Por último, se ligaron en contra suya el Gran Turco, el Papa y los protestantes. Comprendió entonces que debía fiar la continuación de su obra á manos más firmes que las suyas, y pensó apartarse de los negocios. Aunque

intentó colocar la corona de Alemania en las sienes de su hijo, no logró su deseo, pasando á su hermano Fernando, desde cuya época se separaron para no unirse jamás las dos ramas de los Hapsburgos.

Felipe II, á quien se transferian los inmensos dominios españoles, contaba en aquellos momentos veintiocho años de edad, y era de menos que mediana estatura, enjuto de carnes, y estrecho de hombros. Carecía del vigor de su padre, y de sus talentos políticos y militares. Tenía la misma deformidad que Carlos en la mandíbula inferior. Al contrario de aquél, que hablaba con corrección los idiomas de la Europa occidental, D. Felipe sólo se expresaba en castellano. Carlos gustaba de la conversación, y su hijo del silencio; el uno era impetuoso en las manifestaciones de alegría, y el otro reservado, melancólico y apenas dejaba entrever, de vez en cuando, la sonrisa ¹.

¹ Con profundo sentido histórico dice el Sr. Cánovas del Castillo: «Aunque fuese Felipe II de los que más han hecho de su corazón y de su cabeza una misma cosa, natural es que de vez en cuando hubiese entre ella y él cierta discordia. Los embajadores venecianos de su época, perfeccionan ó aclaran con mil detalles personales este retrato que procuramos sacar solamente de sus papeles y hechos. Decía de él Federico Badoero, que le tenía por capaz de tratar los mayores negocios, y que trabajaba más de gabinete que su salud consentía; pero que era poco activo corporalmente, é imposible el sorprenderle expresión alguna en la mirada, á causa de no fijarla nunca en la persona con quien hablaba. Michieli, por su lado, cuenta, que por las noches gustaba recorrer enmascarado las calles de Madrid, para enterarse por sí mismo, sin duda, de lo que pasaba. Antonio Tiépo'o, que fué el que mejor le conoció acaso, le pinta en traje elegante siempre; pero siempre negro, sin bordados de oro ó plata, ni otras joyas encima que la insignia del Toisón y la cadenilla de oro de su reloj. Y él y Paolo Tiépolo, su antecesor, en especial, le hacen dado á las mujeres con exceso (á pesar de su seriedad característica), y le muestran deleitándose en compañía de una ú otra, frecuente y extraordinariamente, bien que tomando el sexo bello, más como objeto de entretenimiento

El principe de Orange contaba entonces veintidós años. Tomó la denominación de su titulo de un lugar situado al Sur de Francia, cerca de Avignon; y su familia procedía de vasallos de los Papas, la cual tuvo durante siglos el señorío de aquella ciudad. Emigraron luego los de Orange á los Países Bajos, y aqui desempeñaron, al lado de los duques de Borgoña, cargos muy elevados. El actual principe de Orange era, en aquellos tiempos, no solamente un personaje de mucha cuenta, y magnate principal entre los más ilustres, sino también jefe de la casa más opulenta y poderosa del país. Á la sazón, tenía á su cargo la guarda de la frontera francesa, donde habia guerreado contra Coligny y otros grandes generales. Merece aqui consignarse que los estatúders de la casa de Orange, durante cerca de dos siglos, dieron á la república una serie no interrumpida de siete ilustres generales y estadistas, desde Guillermo I de Orange hasta el IV de este nombre.

En el discurso que Carlos V dirigió á los Estados, insistió mucho en los trabajos de toda su vida y en su falta de salud; por lo cual, no pudiendo sostener por más tiempo sobre sus hombros el inmenso peso de la gobernación de sus pueblos, traspasaba las riendas del Estado á otras manos más jóvenes y vigorosas. Rogó á Felipe que conservase y mantuviese la religión católica en toda su pureza, como también

que de amor, sin concederle sobre sí influjo alguno. Todos ellos, hasta quince ó diez y seis que representaron á la república en su reinado, refieren largamente su asiduidad en las misas, en las vísperas, en los sermones, y su devoción extrema al Santísimo Sacramento; todos le representan sobrio, de pocas palabras, aficionado á la soledad, inmutable en sus costumbres, minucioso, paciente, enemigo de conceder ó negar nada personalmente, muy disimulado y rencoroso... » *Bosquejo histórico de la casa de Austria*, p. IV.

las leyes y la justicia. Al recomendar á los Estados el nuevo príncipe, les encareció que le obedeciesen, cual lo habían hecho con él; y concluyó, pidiéndoles perdón, si durante su reinado había causado algún daño ó incurrido en alguna falta, asegurándoles que los pocos años que le quedaban de vida los emplearía en rogar á Dios por el bien y prosperidad de sus antiguos pueblos. Es fama que las palabras del Emperador causaron tanta impresión en el concurso, que muchos de los presentes no pudieron contener las lágrimas.

Y sin embargo, el reinado de Carlos en los Países Bajos fué una prolongada tiranía. Holló sus libertades, agotó sus recursos con crecidos impuestos y estableció la Inquisición española. De cinco millones que tenía de renta, sacaba dos á los Neerlandeses; y las crueldades cometidas en nombre de la religión fueron muchas en número y en calidad. Afirmase por respetables autoridades que cien mil Neerlandeses murieron en la hoguera, en el patíbulo ó enterrados vivos. El embajador de Venecia sostiene, que diez años antes de la abdicación de Carlos, habían sido condenadas por sus opiniones religiosas lo menos treinta mil personas sólo en Holanda y Frisia.

No existe razón alguna para suponer que Carlos fuera perseguidor por motivos religiosos, sino políticos. En punto á moralidad, no era mayor la suya que la de otros monarcas europeos de su tiempo. En cambio, su hijo Felipe, á juzgar por la deferencia y respeto que siempre tuvo al soberano Pontífice, puede afirmarse que fué piadoso en la acepción usual de la palabra. El Emperador permitió el sacco de Roma, y los insultos y la prisión del Papa; y parecía gozarse

contrariando los designios de Clemente VII.¹. No se olvide que mientras necesitaba de los soldados luteranos de Alemania, consentía que sus soldados católicos escarneciesen su propio culto, hallándose aquellos y éstos bajo sus inmediatas órdenes, y antes de que Mauricio de Sajonia le obligase á establecer la tolerancia. Después de reconocer la reforma en Alemania, quemaba á centenares á los reformistas de los Países Bajos.

Carlos odiaba la libertad política. Le sobraba capacidad para comprender, que si toleraba la oposición religiosa, tardaría poco en verse frente á frente de la oposición política. La política, y no la religión, le inducían á perseguir á los herejes. Lo propio aconteció con Isabel y los Estuardos de Inglaterra, y con los Valois y Borbones de Francia. La matanza de San Bartolomé fué política, y las dragonadas de Luis XIV fueron resultado de una política semejante á la de Carlos V y Felipe II. La Holanda fué la primera que practicó la tolerancia; y cuando el pueblo inglés fiscalizó el poder de sus reyes durante la revolución, siguió el ejemplo de aquella república, promulgando el *Acta de Tolerancia*. ¡Cuántas veces se suele en nuestros días emplear el falso amor á la Iglesia para realizar fines políticos! Nada, pues, tiene de extraño, que el Emperador, encerrado en el monasterio de Yuste, y no pensando sino en satisfacer la gula, pidiese más víctimas en desagravio de lo que

¹ Pocos años después (1560), el arzobispo D. Pedro Guerrero formuló la siguiente doctrina: « Todos los daños y censuras de la Iglesia han venido del sacerdocio, y todo el remedio y quietud del gobierno y brazo temporal », añadiendo, que los príncipes « habían de rendir cuenta á Dios de la Iglesia, que estaban llamados á amparar y reparar ». Archivo de Simancas. Estado, Legajo 1.050, folio 1.

él llamaba espíritu religioso ¹. En 1548, y esperando heredar pronto á su padre, juró Felipe, sin reservas, mantener los privilegios y libertades de las provincias y ciudades. Prometió más que su padre, probablemente por consejo de éste; sabía el Emperador que los juramentos en aquel tiempo sólo eran obligatorios para los flacos de espíritu. El 25 de Julio de 1554 contrajo matrimonio con María Tudor, de

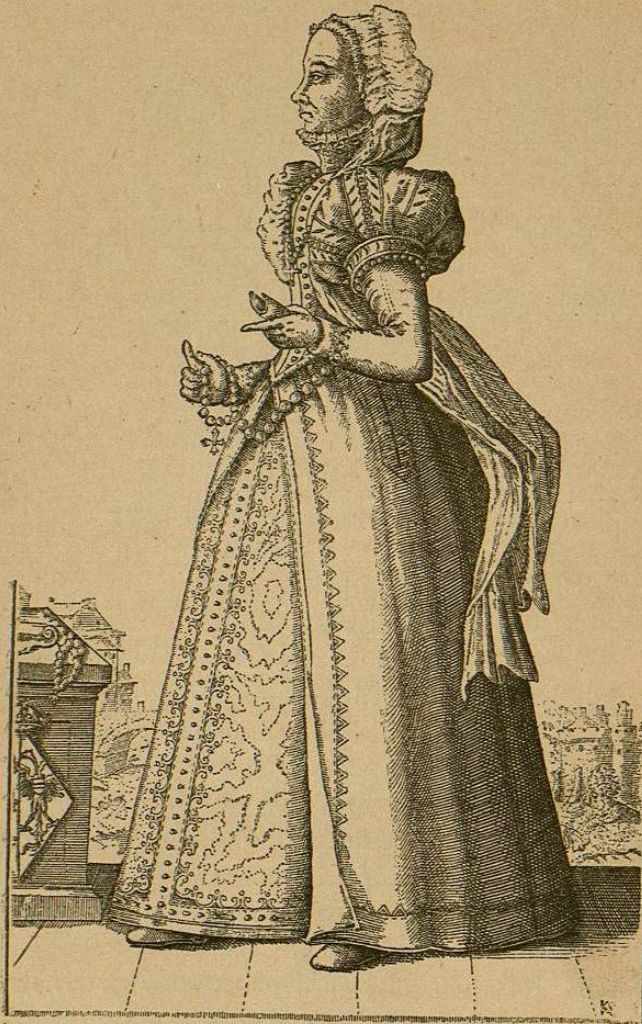
¹ El Emperador, encerrado en el monasterio de Yuste, se ocupaba de todos los asuntos políticos de su tiempo. Cuando supo que el luteranismo se había infiltrado en España (1558) escribió á la princesa regente: «Hija... Cuanto á lo que decís que habéis escrito al rey dándole razón de lo que pasa en lo de las personas que se han preso por luteranos, y los que cada día se descubren, y que mostrastes mi carta que sobre esto os escribí al arzobispo de Sevilla y á los del Consejo de la Inquisición, y el favor que les habéis ofrecido, y las diligencias que en todo usan, me ha parecido bien. Pero creed, hija, que este negocio me ha puesto y tiene en gran cuidado y dado tanta pena que no os lo podría significar, viendo que mientras el rey y yo habemos estado ausentes de estos reinos, han estado en tanta quietud y libres de esta desventura, y que agora que he venido á retirarme y descansar á ellos, sucede en mi presencia una tan gran desvergüenza y bellaquería, y incurrido en ello semejantes personas, sabiendo que sobre ello he sufrido y padecido en Alemania tantos trabajos y gastos, y perdido tanta parte de mi salud; que ciertamente, si no fuese por la certidumbre que tengo de que vos y los de los Consejos que ahí están, remediarán muy de raíz esta desventura, pues no es sino un principio sin fundamento y fuerzas, castigando los culpables muy de veras para atajar que no pase adelante, no sé si tuviera sufrimiento para no salir de aquí á remediallo...» Recuerda que su conducta en Flandes fué «quemar vivos á los contumaces, y á los que se reconciliasen cortarles las cabezas»; y que lo mismo debe hacerse con los luteranos españoles «sin excepción de persona alguna». Archivo de Simancas, *Inquisición*, folio 42. Y Sandoval, añade, haber dicho el Emperador: «Errarse ha si los dejasen de quemar, como yo erré en no matar á Lutero; y si bien yo le dejé por no quebrantar el salvoconducto y palabra que le tenía dada, pensando de remediar por otra vía aquella herejía, erré porque yo no era obligado á guardarle la palabra, por ser la culpa del hereje con otro mayor señor, que era Dios; y así yo no le había ni debía de guardar palabra, sino vengar la injuria hecha á Dios». *Vida del Emperador en Yuste*, pár. 9.

Inglaterra; pero la reina murió en 1558 ¹. Un año antes, y cuando Felipe se convenció de que su mujer no daría un rey español á Inglaterra, se dirigió á los Países Bajos.

Residió aquí cuatro años, al cabo de los cuales, salió de ellos para no volver jamás. Durante este tiempo, tuvieron lugar: su querrela con Paulo IV, la guerra con Francia, la batalla de San Quintín y la paz de Cateau Cambresis. Tales sucesos tienen poca relación y no ejercieron influencia en la historia de Flandes; además, en aquellos días era muy del caso tener satisfechos á Flamencos y Holandeses. Comprendiendo Carlos V que los nobles flamencos supe ditaban sus propios intereses á los del rey, aconsejó discretamente á su hijo que gobernase los Países Bajos con naturales de esta nación; Felipe II olvidó pronto el ruego paterno, y los Españoles ocuparon los destinos públicos. Por esta causa, el odio á España vino á ser el lazo de unión entre aquellos hombres de espíritu levantisco y de opuestas voluntades.

Confirmó Felipe el edicto del año 1550, en cuya virtud se establecía la Inquisición en los Países Bajos; pero como las ciudades no se mostraron propicias á ello, hubo de temporizar. Trató de imponer una contribución permanente; mas al pronto, se conformó con algunos subsidios. Hecha la paz con Francia y con el Papa, se propuso realizar dos empresas, á cual más arduas y peligrosas, en los Países Bajos: la destrucción de sus libertades y el exterminio de la herejía. Resolvió volver á España, encargando de la regencia á Margarita de Parma, hija natural de Carlos V. Todo se hallaba dispuesto para abandonar los Países Bajos el 7 de Agosto. Á la sazón, los Estados

¹ El 17 de Noviembre de 1558.



MARGARITA DUQUESA DE PARMA, GOBERNADORA DE LOS PAISES BAJOS.

pidieron unánimes al rey que sacase las tropas extranjeras de los Países Bajos. La petición puso fuera de sí á Felipe II, pues no ignoraba que sin el ejército español era imposible la realización de sus proyectos favoritos. Al cabo hubo de contemporizar, cediendo especialmente en aquella parte de su política que se relacionaba con la creación de cierto número de obispados. En seguida dió la vuelta á España, embarcándose en Flesinga. Cuando estaba á punto de hacerse á la vela, ocurrió la escena memorable entre él y el príncipe de Orange, á quien por última vez debía ver en su vida. Como D. Felipe le acusara de ser cabeza de la oposición, Guillermo replicó que la conducta de los Estados era libre y espontánea. Felipe le asió fuertemente de la muñeca, y apretando con ira, le dijo en castellano: «Los Estados no, sino vos, vos, vos», no sin añadir alguna otra palabra injuriosa. El rey arribó á España después de un viaje azaroso ¹, donde le esperaba un *auto de fe* ². Persuadido de la inutilidad de sus pretensiones á la mano de Isabel de Inglaterra, casó con Isabel de Francia, cuyo matrimonio estaba destinado á ser causa de una larga guerra.

¹ La partida se realizó por fin el 23 de Agosto, y desembarcó en España el 8 de Septiembre. Gachard, *Corresp. de Felipe II*, t. I, p. 187.

² El segundo que se celebró en Valladolid (8 de Octubre de 1559). El caballero veronés D. Carlos de Sese, casado con una joven de la familia de los Castillas, sufrió el fuego con gran firmeza de ánimo, y habiendo preguntado á Felipe: ¿Conque así me dejáis quemar? éste respondió aquellas célebres palabras: *Yo traeré leña para quemar á mi hijo, si fuese tan malo como vos*. Cabrera, *Historia de Felipe II*, 1.ª parte, lib. V, c. III, p. 276.